

*Los contratos mercantiles modernos han debido adaptarse a las exigencias de rapidez y seguridad que impone el mercado, a través de la evolución de los medios para prestar el intercambio de consentimientos. En este sentido, revisten importancia fundamental instituciones como el comercio electrónico y la firma electrónica.*

En principio, el eje de la cuestión se situó sobre el concepto de documento, ya que la primera preocupación que suscitaron las nuevas tecnologías de la información fueron las relativas a su virtualidad de almacenamiento de datos, por este motivo primero se atendió a cuestiones relativas a los Derechos de Propiedad Industrial e Intelectual y a los aspectos relativos a la virtualidad de almacenamiento de información de los medios electrónicos, ópticos y audiovisuales y, por consiguiente, a su eficacia probatoria. Pero la trascendencia de la tecnología y de la informática ha alcanzado al ámbito de la perfección de los negocios jurídicos, manifestándose en el plano de la forma y de la prueba de las relaciones contractuales.

A este respecto las diversas normas del Derecho español y comparado definen ciertos principios en los que debe de inspirarse el Derecho del comercio electrónico: “equivalencia funcional”, “neutralidad tecnológica”, “no alteración del Derecho general de obligaciones y contratos”, “buena fe” y “autonomía negocial privada”.

Por consiguiente, la naturaleza contractual no se altera por el simple hecho de la celebración del contrato por vía electrónica. Todos los elementos esenciales del contrato –consentimiento, objeto, causa y forma- han de estar presentes aunque el contrato se celebre por vía electrónica.

Sin embargo, la necesidad de garantizar la identidad del emisor de los mensajes y la integridad de éstos, propicia el uso de firmas digitales a las que atribuyen mucha de la virtualidad de las firmas autógrafas, aunque no se trata propiamente de firmas, sino de meros procedimientos generadores de apariencia jurídica.